

SEGUNDA CARTA
PASTORAL DEL OBISPO
DE TAMAULIPAS
ENERO 1926

1
6
5546

Segunda Carta Pastoral

del

Ilmo. y Revmo. Sr.

Obispo de Tamaulipas, Méx.

SALUTACION AL PUEBLO Y CLERO DE LA
DIOCESIS CON MOTIVO DEL RETORNO DE
SU PRELADO DE LA CIUDAD DE ROMA; Y
ANUNCIO DE LA CUARESMA DE MIL NOVE-
CIENTOS VEINTISEIS.



ENERO 31 DE 1926



Universidad Autónoma de Tamaulipas
Instituto de Investigaciones Históricas

Segunda Carta Pastoral

del

Ilmo. y Revmo. Sr.

Obispo de Tamaulipas, Méx.

353
CB22
1976

SALUTACION AL PUEBLO Y CLERO DE LA
DIOCESIS CON MOTIVO DEL RETORNO DE
SU PRELADO DE LA CIUDAD DE ROMA; Y
ANUNCIO DE LA CUARESMA DE MIL NOVE-
CIENTOS VEINTISEIS.



JOAQUIN
MEADE



ENERO 31 DE 1926



02093

Escuela Tip. Salesiana.—México.

NOS, DON SERAFIN MARIA ARMORA Y GONZALEZ, por la misericordia divina y gracia de la Santa Sede, Obispo de Tamaulipas.

Al V. Clero secular y regular y a todos nuestros fieles, salud y bendición en el Señor.

Carísimos hermanos e hijos en Jesucristo:

1. Plugo a la Providencia Divina que el Obispo Tamaulipano presidiese la hermosa peregrinación a Roma, organizada por el Comité Nacional del Año Santo, establecido en la Capital de México; permitió el Señor, que los ciento cincuenta peregrinos compatriotas, después de largo y penosísimo viaje, nos postrásemos a las plantas del Augusto Vicario de Jesucristo, el bondadosísimo Pío Undécimo, en el memorable ocho de octubre de mil novecientos veinticinco.

Gracias al Cielo, en medio de mil peligros por mar y tierra y con notable quebranto de nuestra salud, estamos ya con vosotros, después de haber cumplido los sagrados deberes que nos urgían ir a Roma, como hijos de Dios, como Cristianos y como Obispo, aunque indignísimo, de esta Diócesis de Tamaulipas.

2. En efecto, el Romano Pontífice llamó al mundo a Roma, en el año santo; el representante de Dios sobre la tierra levantó su soberana voz desde la Colina Vaticana, nos predicó la penitencia, la expiación. Mandó que el mundo pecador implorase el perdón de sus abominaciones; que llorase sus culpas y horrendos extravíos. Ordenó el Santo Padre que la Cristiandad elevase sus plegarias a Jesucristo, el Divino Salvador, en el Año Jubilar de mil novecientos veinticinco: suplicando la vuelta de los disidentes a la unidad católica, el pronto remedio de las grandes necesidades del mundo que está desquiciándose por la falta de unión, de



fraternidad, de caridad; de esa virtud celestial que si reina-se en la tierra habría grande paz, la suspirada paz de los corazones, de los espíritus.

Pidió, el Santo Padre, que todos sus hijos llamásemos a las puertas del amorosísimo Corazón de Dios, demandando la eficaz concordia para los santos lugares de Jerusalén. Así lo pidió el Padre bondadoso, el Doctor Universal, el Pastor de los Pastores y nosotros los Mexicanos Católicos, oímos desde la Colina del Tepeyac esos acentos de piedad y de amor; y por esto volamos a la Ciudad Eterna; emprendimos una jornada que nos hizo conocer más y más los beneficios de la Providencia divina.

3. Efectivamente, ¿Quién es aquel que teniendo expedita su inteligencia no reconoce los dones de Dios, al palpar como nosotros palpamos, en los principales Santuarios de Europa, ese vigoroso, pujante, fuerte espíritu de fe, de oración, de amor, como lo vimos allá en Lourdes; teniendo a nuestra vista cinco mil peregrinos franceses que presentaban quinientos enfermos a Jesucristo, que es la Salud, y la Vida; y, por medio de la Inmaculada Concepción, clamaban: ¡Jesús, Jesús, hijo de David, ten compasión de nosotros!

¿Quién es aquel, que visitando las soberbias, las colosales Basílicas de San Pedro, San Pablo, Santa María la Mayor y de San Juan de Letrán cruzándose con millares de millares de peregrinos, franceses, alemanes, españoles, brasileños, colombianos, cubanos, norteamericanos... de todo el mundo cristiano: todos con grande espíritu de fe, de amor, de penitencia, quies es aquel, repetimos, que no reconozca la presencia de Dios, la asistencia de Dios en su Iglesia, Santa, Católica, Apostólica y Romana?

4. ¡Oh! carísimos hijos de Tamaulipas, Nos, visitamos Roma, Asís, Padua, Lourdes, la Milagrosa de París, el Carmelo de Lisieux, Monserrat, Manresa y el Pilar de Zaragoza: santuarios todos de fama internacional y, en verdad, sentimos no tener a nuestro lado a todos vosotros.

Lamentamos que allá en aquellos grandes centros de civilización, de inimitable espíritu de piedad, de caridad, de verdadera libertad, no pudiesen estar nuestros hermanos, nuestros compatriotas.

Porque desgraciadamente hay buen número de nuestros coterráneos que ignoran la vida, la gran vida que tiene la Santa Iglesia, en el Viejo Mundo. Conocen sí, en este continente, las calumnias, las diatribas que lanzan los ignorantes enemigos, que hablan mucho de lo que no conocen.

¡No, mil veces no! La Santa Iglesia a la cual nosotros pertenecemos tiene millones de hijos que están vigorosos, fuertes, ansiosos diríamos de vivir la vida santa de Jesucristo, nuestro Divino Salvador; ansiosos de conservar íntegros los principios eternos de verdad, de justicia, de perfección que son el alma de la Santa Iglesia.

Así lo proclaman allá en las Catacumbas de Roma, en su Coliseo, no hace veinte siglos sino ahora mismo en el año santo, en la presencia del Augusto Gerarca y de su Corte Romana, millares de millares de peregrinos que visitamos el centro de la Cristiandad. Allá en Europa visitamos las grandes Basílicas, los célebres santuarios, los monumentos de arte, de cultura, de sabiduría, de santidad y siempre lamentamos, que allá siendo extranjeros disfrutásemos de un ambiente de gran libertad, de verdadera libertad, de respetuosa libertad. Allá portamos nuestros hábitos talares lo mismo en Roma que en París, en Londres, en Madrid y en otras muchas capitales que sin duda van a la cabeza de la antigua y moderna civilización. Mas ¡ay! nos decíamos en el fondo del alma: en Francia, en Inglaterra, en España, en Italia, nos conceden los que nos niegan en México, la libertad para ser buenos Católicos, verdaderos Católicos, eminentemente Católicos.

5. ¿Cuándo se realizará en nuestra cara patria ese gran postulado de la civilización: el hombre, criatura racional, inteligente y libre debe vivir la vida del Cielo para el cual fué criado. ¿Cuándo, amadísimos hijos de Tamaulipas dejaremos las miserias de este mundo corrompido y corruptor? Decidnos: ¿es feliz el hijo, lejos de su padre; es feliz el niño abandonado por la madre; será dichoso el pobre, cuando le falta la mano bienhechora del rico; estará tranquilo el hombre que cierra la puerta de su corazón para la virtud, para el bien y sólo deja entrar el vicio, los placeres, la molicie, el dolo, el engaño?... ¡Jamás! ¡Jamás! Venimos de Dios y deberemos ir a Dios.

Dios es nuestro padre; es el dueño de los tesoros ya espirituales, ya temporales; en sus manos soberanas están los designios del niño, del joven, del hombre, del anciano; de los pueblos, de las naciones. Urge pues, que levantemos al Cielo la mirada, que no vivamos engañados en la tierra.

El progreso, la civilización, la evolución; las ciencias, las artes, todo, todo depende de Dios, y su Iglesia es la verdadera civilizadora de las naciones, es la maestra de los



pueblos, es la que hace evolucionar los mundos visibles e invisibles.

6. Finalmente, cuando estuvimos en Roma ya en audiencia privada, ya en audiencia pública con el Padre Santo, nos significó lo mucho que ama a nuestra patria, lo mucho que se interesa por nuestro bienestar social y religioso y nos bendijo con bendiciones plenísimas.

Con todo gusto insertamos la crónica de la hermosa revista "Guadalupana," que publican los meritísimos misioneros de San José, allá en nuestra "Alma Mater". (Diciembre 12 de 1925.)

"Como oportunamente se había anunciado, salió de Veracruz el 11 de Septiembre la peregrinación oficial que el Comité del Año Santo en México había preparado, confiando su organización y dirección a Mons. Alfonso Gutiérrez Fernández, Camarero de honor de Su Santidad, Comendador del Orden del Santo Sepulcro y párroco de San José en Puebla, quien por su tacto, experiencia y rectitud ha merecido el aplauso de cuantos se han colocado bajo su sabia dirección en las excursiones que anteriormente ha organizado.

Llegaron a Roma los peregrinos el 4 de Octubre después de la media noche, presididos por el Ilmo. y Revmo. Sr. D. Serafín Armora, Obispo de Tamaulipas, alojándose en los Hoteles Continental, Royal y d'Inghilterra. Desde su llegada tuvieron a su disposición a dos de nuestros Misioneros; quienes se esmeraron en atenderlos y facilitarles su breve estancia en Roma y las obras prescritas para lucrar el Santo Jubileo. Por especial concesión de Su Santidad el número de visitas a las cuatro Basílicas Mayores quedó reducido a tres en cada Basílica *more Portiunculae*.

La mañana del día 7 asistieron los peregrinos a la Misa que celebró el Santo Padre en el Aula de las Beatificaciones, recibiendo después la Sagrada Comunión en San Pedro. Por la tarde, guiados por el M. R. P. Manuel Angel Canseco, Procurador de los Misioneros Josefinos en Roma, hicieron las visitas prescritas a las Basílicas comenzando por Santa María la Mayor, siguiendo en San Juan de Letrán y San Pablo fuera de los muros y terminando en la Basílica del Príncipe de los Apóstoles. La primera visita se hizo entonando las Letanías Lauretananas para implorar la protección y amparo de la Reina de los cielos; en San Juan de Letrán invocamos la misericordia del Señor con las Letanías de los Santos y en San Pablo con varios himnos y cánticos



SU SANTIDAD PIO XI.



espirituales. En San Pedro se rezó el Rosario a la Santísima Virgen María y tres veces el Credo ante el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles; para terminar los peregrinos entonaron el himno guadalupano "Mexicanos, volad presurosos..." En las tres primeras Basílicas se dió a los peregrinos la bendición con el Santísimo Sacramento, acompañándola devotamente los peregrinos con el himno eucarístico. A las 7 de la noche regresaban nuestros peregrinos a sus hoteles, rendidos de fatiga, pero gratamente satisfechos por los inefables consuelos espirituales que habían experimentado al tributar al Señor en nombre y representación de México público homenaje de adoración y sumisión en las Basílicas Mayores de la Urbe y del Orbe.

Al día siguiente Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XI recibió en Audiencia privada al Ilmo. Sr. Obispo Armora, quien presentó al Santo Padre la alocución o saludo que a nombre de los peregrinos deseaba dirigirle. El Santo Padre aceptó con agrado el saludo y prometió a Mons. Armora contestar públicamente en presencia de los peregrinos. En efecto a las 6.30 de la tarde el Santo Padre se dignó recibir la peregrinación mexicana en la Sala Consistorial y después de haber dado a besar la mano a cada uno de los presentes y de obsequiarles la medalla de los peregrinos, recibió el óbolo, que Monseñor Gutiérrez a nombre propio y de los peregrinos le ofreció, y desde el Trono rodeado de la corte pontificia contestó al saludo que le dirigió Mons. Armora con la alocución, que tomada taquígráficamente por el M. R. P. Canseco y presentada al mismo Santo Padre para obtener su aprobación, reproducimos aquí en castellano, traducida del texto que por voluntad expresa de su Santidad nos fué comunicada por su Secretaría particular. He aquí tanto el texto del saludo del Ilmo. Sr. Obispo de Tamaulipas, como el de la Alocución Pontificia:

Santísimo Padre:

Desde las apartadas regiones de la América, en la colina del Tepeyac, donde mora la Patrona de los Indios, Santa María de Guadalupe, oímos los Mexicanos la voz dulcísima del Supremo Pastor, del Vicario de Jesucristo, que nos invitaba a penitencia...

Y los Mexicanos hicimos penitencia: con llantos y gemidos inenarrables imploramos del Padre de las luces y Dios de las misericordias que iluminara nuestras inteligencias para conocer sus mandamientos; lloramos nuestros



grandes pecados, los pecados de una Nación tristemente dominada por el odio y la ambición, y que en el desenfreno de ambas pasiones ha superado la medida de iniquidad e injusticia, dirigiendo sus ataques y ofensas contra el mismo Crucificado; rasgamos, no ya nuestros vestidos, sino nuestros corazones (1) con sus afectos y apetitos desordenados, y al oír vuestra voz paternal, oh Padre Santo, que nos llamaba al rededor de Vuestro Solio para implorar la paz universal, la paz de los corazones, reconciliándolos con Dios N. S., los Mexicanos creímos llegado el momento de nuestra libertad y redención; la voz del Vicario de Jesucristo ha sido para nosotros la voz del mismo Dios y al escucharla hemos creído firmemente que el Señor se ha acordado de su pueblo, ha oído nuestros llantos y aflicción y se dispone a remediarlos: hemos exclamado con el Apóstol (2): "ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis," y llenos de confianza y aliento estamos finalmente al rededor de Vuestro Trono dispuestos a escuchar vuestra voz, la voz de Dios: "loquere, Domine, quia audit servus tuus" (3).

¡Oh Padre Santo, al contemplar vuestra Augusta Persona este puñado de peregrinos mexicanos experimentamos emociones dulcísimas, celestiales; ¡es tanto lo que hemos sufrido! parecemos estar con el Maestro Soberano en el Tabor, y más de uno hemos repetido con el Príncipe de los Apóstoles: "Domine, bonum est nos hic esse" (4). ¡Oh, si Dios nos concediera al ganar el Santo Jubileo morir cabe la tumba sagrada de los Santos Apóstoles en esta tierra bendita!

Recibid con benevolencia, ¡oh Padre Santo! el probado afecto y el inmenso amor de los Mexicanos; aceptad benígnamente nuestra devoción y obediencia; el mayor orgullo de nuestros pechos es ser hijos de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, en cuya fe queremos siempre vivir y morir. Como hijos amantes quisiéramos consolaros, Padre Santísimo, y daros las más halagüeñas noticias y esperanzas; mas, ¡oh dolor! la tristísima situación de nuestra Patria Os es bien conocida y no será ella ciertamente por ahora quien pueda proporcionar alivio y consuelo a Vuestro corazón afligido. Consuelo y alivio verdadero Os proporciona y muy crecidamente el resultado sorprendente y nunca visto

- (1) Joel. II, 13.
(2) 2 Cor. VI, 2.
(3) 1 Reg. III, 10.
(4) Mt. XVII, 4.

del Año Jubilar, la afluencia de peregrinos ex omni tribu et lingua et populo et natione (1); estas son vuestras esperanzas, Padre Santo, para el porvenir; de aquí tomáis argumento para esperar que muy pronto venga la paz de Cristo en el reinado de Jesucristo, y de este su reinado espera México participar con fiado en el consolador dogma de la Comunión de los Santos, y así suplica a vuestra Santidad tenga muy presente en su intención y en la aplicación de las rogativas de este Año de perdón al pueblo que amó y distinguió con singulares muestras de predilección María Santísima, la Rosa del Tepeyac, Santa María de Guadalupe.

Salvad nuestro pueblo, Padre Santo ¡nuestra salud está en vuestras manos!

El Santo Padre se dignó contestar con la Alocución siguiente:

Nuestro Corazón, amadísimo hijos, hijos del lejano y querido México y también hijos nuestros, Nuestro Corazón se halla conmovido y henchido de alegría y de consuelo al ver una peregrinación tan numerosa y al mismo tiempo tan piadosa que ha venido de México.

Sois hijos nuestros y por esto mismo carísimos a Nuestro Corazón y también vosotros venís, como vienen de todas partes del mundo, a contribuir a este hermoso espectáculo de universalidad y de unidad en la Iglesia, que el Año Santo hace palpable todos los días y a todas horas. Venís de México y Nosotros amamos a México con un afecto particular, por lo que sabemos de vuestra historia, de vuestras grandezas, de vuestras bellezas naturales, de vuestras magníficas tierras y sobre todo por lo que sabemos de la fe ardiente de vuestro pueblo y de la religión católica que anima vuestra Nación.

Una nube sin embargo viene a oscurecer y a turbar estos Nuestros sentimientos al pensar que desgraciadamente en vuestra hermosa y querida Nación las condiciones de la Iglesia de Dios no son lo que deberían ser y lo que un pueblo tan piadoso y lleno de ardor tendría derecho a exigir.

Sois hijos que habéis venido a Nos mandados por aquella buena y amable Señora, que vosotros llamáis la Rosa del Tepeyac, y Nos parece que Ella os ha enviado a visitar al Padre común de todos los fieles. Venir a Roma desde el Tepeyac, como lo habéis hecho vosotros, quiere decir haber

- (1) Apoc. V, 9.



hecho un largo viaje, haber sufrido toda clase de fatigas y de sacrificios; es ciertamente uno de los viajes más largos que en nuestros días se hacen en el mundo, y este viaje lo habéis hecho con fervorosa devoción, para llegar a la casa de vuestro Padre, en la cual os halláis en este momento.

Os felicitamos de todo corazón y os manifestamos Nuestra gratitud por este viaje que por sí sólo es una profesión de fe y de piedad filial, un viaje que es indicio del cuidado que tenéis del bien de vuestras almas y del aprecio que habéis hecho de Nuestro llamamiento. Os hemos invitado a venir, prometiéndoo y ofreciéndoo tesoros únicamente espirituales, tesoros de oraciones, de perdón, de indulgencias, de gracias, de santificación espiritual. Habéis venido para enriquecer vuestras almas, mostrando el cuidado que ponéis en procurar vuestra salvación.

Amados hijos, Nos congratulamos con vosotros por estos sentimientos y por el modo como habéis secundado Nuestros deseos. Sabemos con cuanta devoción habéis cumplido las obras prescritas para ganar el Santo Jubileo, conocemos de qué manera habéis contribuido a la celebración mundial del mismo. No es la primera vez que México toma parte honrosa en esta general emulación de fe y de piedad, en esta profesión de fe católica; pero precisamente por ser la segunda vez lo habéis hecho con mayor grandeza y perfección; y cuando vemos que México produce flores y frutos tan ricos y espléndidos, Nuestro Corazón se dilata, como el vuestro también debe dilatarse lleno de confianza y de esperanza en el porvenir. Nuestra Madre Santísima de Guadalupe, que ha sido la guía de vuestra peregrinación, obtendrá de la bondad, de la omnipotencia y misericordia de Dios que tanta fe y tanta devoción obtengan los deseados frutos, y de Nuestra parte los más fervientes votos que sean frutos de paz y de prosperidad para toda la Nación, para todo México; grande país, al cual no puede menos de caberle en herencia un grande porvenir, de modo que así como abunda en riquezas materiales y espirituales, así pueda también disfrutar de las bendiciones de la paz.

Este es el augurio que de Nuestra parte llevaréis a México, y diréis que así como vosotros y todos los demás mexicanos aman al Papa y piden a Dios por el Papa, así a su vez el Papa ama a los mexicanos y ruega por ellos. Vosotros diréis a vuestros compatriotas que el Papa espera y confía en el porvenir de México, que piensa sin cesar, lo que es pura verdad, en los buenos mexicanos y con el afecto pater-



MONS. D. SERAFIN MARIA ARMORA Y GONZALEZ,
Obispo de Tamaulipas.

N. B.—Esta es la indumentaria que usamos, en Europa públicamente.



nal siempre está con ellos. Llevaréis con vosotros Nuestra Bendición y la comunicaréis a los que allá están, porque es Nuestra intención dar esta bendición a los presentes y a todos aquellos que tenéis en vuestra mente y corazón, familia, parentela, amigos, en una palabra a todo México: es Nuestra intención darla también al Episcopado y al clero, que vemos aquí tan extensamente representado, a los buenos religiosos y religiosas que trabajan por vuestro bien, a todos y a cada uno de los hijos de aquel pueblo tan bueno y tan amado de Nosotros, pidiendo a Dios por los que gobiernan actualmente y gobernarán en lo sucesivo vuestra Nación, para que ésta sea gobernada como Dios lo quiere, como lo exigen los derechos de la Iglesia, como lo pide su misma prosperidad nacional.

Queremos que los sacerdotes lleven Nuestra Bendición a sus feligreses; queremos también bendecir los objetos piadosos que traéis, a los cuales hemos agregado la medallita de los peregrinos, que Nos mismo, pues esa es Nuestra intención, os hemos dado: esta es la medalla que ha penetrado por todos los ámbitos del mundo, la hemos dado a vosotros, como a los demás peregrinos, con la intención de que sea una memoria perpetua de esta hora, de estos momentos tan gratos a Nuestro Corazón, lo mismo que al vuestro; que sea un recuerdo de los santos pensamientos que el Año Santo os ha sugerido, de las oraciones que habéis hecho en unión con todo el mundo, oraciones que se elevan a Dios desde hace tantos meses, y que tenemos plena confianza que os alcanzarán de Dios las gracias y bendiciones de las cuales es prenda y señal la bendición que os damos con todo el corazón. Sit nomen Domini benedictum...

El día 9, poco después de medio día, los peregrinos salían de Roma rumbo a Nápoles, para regresar el día 12 y de nuevo proseguir su viaje hacia Asís, Florencia, Padua, Venecia, Milán, París y Saint Nazaire, donde debían embarcarse para México.

Que la solemne bendición y augurios de felicidad que el Romano Pontífice hizo a los peregrinos y por su medio a toda la Nación Mexicana puedan verse muy pronto realizados y sean precursores de la tan deseada paz y tranquilidad en nuestro suelo patrio.

GUADALUPANA envía desde sus columnas una muy cordial felicitación al organizador y director de esta peregrinación Mons. Gutiérrez Fernández, un sincero voto de gracias al dignísimo Prelado de Tamaulipas, al venerable



Clero y a todos los peregrinos, por el cariño y amistad que dispensaron a nuestros misioneros." Continuemos.

Rogamos al soberano Pontífice que nos extendiese la gracia del Santo Jubileo y al instante nos indicó: "Sí, esa es la costumbre de la Santa Iglesia que al concluir en Roma se extiende al Orbe."

En breve, carísimos hijos, os anunciaremos las condiciones para que vosotros disfrutéis la gracia que Nos, fuimos a lucrar con tantos sacrificios y con tantos peligros allá en la gran ciudad de Roma.

En su oportunidad, os ampliaremos algún punto que ahora someramente os indicamos; verbigracia, queremos que vosotros tengáis un justo concepto, un elevado concepto de quién es el Romano Pontífice; por qué la Iglesia Católica, Apostólica y Romana es la civilizadora de las naciones y por qué fuera de esta iglesia no hay salvación. Sobre esas cuestiones, hay no sólo ignorancia, sino lamentables errores que debéis vosotros evitar.

7. Una palabra más sobre el Santo tiempo Cuaresmal. La mejor forma para que vosotros emprendáis una vida cristiana, la verdadera vida, es que purifiquéis vuestras almas.

¡Dios es la misma Santidad y nosotros sus hijos debemos emular esa infinita Santidad!

Jesucristo en su vida mortal nos enseñó el camino del Cielo: la oración y la penitencia. En todo tiempo debemos orar y hacer penitencia; mas en este cuadregesimal de modo particular, quiere la Santa Iglesia que nos consagremos al ayuno, abstinencia, mortificación, oración y a las obras de misericordia.

Por lo tanto, os encarecemos que sin pérdida de tiempo, todos vosotros cumpláis los dos grandes preceptos de confesar y comulgar, a lo menos durante el Santo tiempo de Cuaresma y Pascua. Con la oración, la palabra de Dios, y el ayuno nos prepararemos para conmemorar dignamente los grandes misterios de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo.

Os exhortamos a que acudáis con empeño a oír la palabra de Dios, que os impartiremos en abundancia. ¿Cómo podremos amar y servir a un Dios que no conocemos? ¿cómo evitaremos el vicio, y amaremos la virtud, si no meditamos en la hermosura de la virtud y en los horrores del vicio?

Vamos a Dios: vamos a Jesús por medio de la oración y de la mortificación. Os recomendamos que los espectácu-

los, como cines, teatros, paseos, conciertos, banquetes, etc., aún siendo muy morales, no sean visitados por vosotros, en el Santo tiempo de Cuaresma; y sí, acudáis a los Ejercicios Espirituales que tendremos en nuestra Santa Iglesia Catedral y en los demás templos de la diócesis.

8. He aquí carísimos hijos en el Señor, los deseos, los anhelos de vuestro pobre prelado: la salud de vuestras almas, el bienestar de vuestros corazones. Deseamos vivamente, y así lo rogamos en los santos lugares que visitamos, que vosotros conozcáis con grande perfección vuestro altísimo fin, Dios; que améis mucho a nuestro Señor y que todos le sirvamos para obtener las eternas recompensas.

Nada valemós, lo sabemos perfectamente; empero, somos los responsables delante de Dios, delante de Jesucristo, delante de su Vicario, de vuestra salvación y queremos trabajar por vosotros en cuanto nos sea posible.

Damos gracias a Dios y a su Madre Santísima, la Dulcísima Virgen de Guadalupe, que nos favoreció tanto, permitiendo que volviésemos a vuestro lado. Os saludamos con toda la efusión del alma; enviamos nuestros saludos a todos, grandes y pequeños; a los que están en el seno amoroso de la Santa Iglesia y a los que viven alejados de tan buena Madre. De modo especial nos dirigimos a los Sacerdotes que con tanto celo nos ayudan en la difícil obra de la santificación de las almas: Jesucristo, Sacerdote eterno, conserve sus virtudes y colme de gracias.

Os bendecimos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Estas nuestras letras se leerán en nuestra Santa Iglesia Catedral y en todos los Templos de la diócesis en el primer día festivo que siga a su recepción.

Dada en nuestra residencia Episcopal de Tampico de la Inmaculada Concepción a treinta de enero de mil novecientos veintiséis.

✠ SERAFIN MARIA,
Obispo de Tamaulipas.

DR. D. M. ARMORA,
Secretario

N. B.—Esquema de los días de ayuno y abstinencia, según decreto de la S. C. C. 10 nov. 1919.

I.—Obliga el ayuno y también la abstinencia: el miércoles de Ceniza y los Viernes de Cuaresma.





Universidad Autónoma de Tamaulipas
Instituto de Investigaciones Históricas

21

23
S